

La escuela postmoderna vista desde la perspectiva del trabajo social

Existe una importante conexión entre el emprendimiento social, el tratamiento y posible resolución de problemas sociales, y el sistema educativo. En el artículo se recogen distintos ejemplos de cómo funciona la escuela en barrios difíciles de varios países, y qué se ha hecho para intentar solucionar los problemas. Como conclusión, se presenta una reflexión sobre la crisis de la educación en la actualidad, y un análisis de las posibles causas que han conducido a ella, tanto políticas como pedagógicas.

Palabras clave: Educación, problemas sociales, trabajo social, crisis, educación postmoderna.

1. Introducción

Hay una fuerte conexión entre el trabajo social y la escuela. Para un alumno en una situación familiar difícil, la escuela puede ser la salvación o el fracaso definitivo; puede ser el encuentro con personas adultas que son de fiar o puede insertarle entre jóvenes que acaban de hundirle. Sea como sea, las personas que trabajan con problemas sociales necesitan entender qué está sucediendo en el mundo de la educación y deben conocer los grandes cambios impuestos tanto al alumnado como a profesoras y profesores.

La pedagogía de moda hoy en día da énfasis a la convivencia y a la comunicación más que al aprendizaje, combinándose esta tendencia con la suspicacia contra el acto de enseñar como también contra las materias. El interés no se centra tanto en el aprendizaje como en quién es el alumno y qué le motiva. La socialización y la integración en la sociedad se solían hacer a través de la escolarización, pero estos mecanismos no funcionan como antes, porque priman la *inclusión* y la *promoción automática* sobre el aprendizaje. El que todos aprendan menos no constituye un gran problema para esta pedagogía porque su suspicacia ante el hecho de enseñar es tan grande que se podría decir que ve la enseñanza como una patología. Ya que el aprendizaje no es la meta, esta pedagogía no les pide cuentas a los alumnos o alumnas, lo cual lleva a que se exija menos responsabilidad por parte de los jóvenes. Esta escuela rechaza toda jerarquía como la que existe entre los alumnos estudiosos o no; entre los profesores o profesoras con más estudios o los con menos estudios; y entre los alumnos y los profesores. Para referirse a la escuela creada por las nuevas corrientes, se habla a veces con ironía de la escuela *light*, la *pseudoescuela* o hasta de la *antiescuela*.

A continuación se darán ejemplos de Francia, los Estados Unidos y Gran Bretaña sobre cómo funciona la escuela en los barrios difíciles y qué se ha hecho para resolver los problemas. Se terminará con una reflexión sobre cómo hemos llegado a una crisis de la educación, señalando causas tanto políticas como pedagógicas. Algunos términos específicos para la educación se escribirán en cursiva, como también algunas palabras en inglés.

2. Ejemplos de la educación francesa

Un joven profesor francés, Iannis Roder (2008), señala como una de las causas del fracaso escolar que los alumnos puedan seguir en la escuela sin estudiar. Llegan por ejemplo a estar en la secundaria con un vocabulario tan reducido que no entienden los textos ni saben redactar un mensaje. Saben algunas cosas pero nada con seguridad. Han participado en ejercicios, pero no saben el nombre de lo que han practicado y tampoco saben cómo relacionarlo con otros temas. Se defienden con una actitud de negación frente a la escuela y a la sociedad, desarrollando una sociedad paralela en la que ellos constituyen el centro. Se han creado dos nuevos conceptos para recoger este retroceso: *desocialización* y *desescolarización*.

Estos alumnos no avanzan en su aprendizaje, porque no trabajan y no reflexionan. Ya que no respetan los estudios, vienen cansados al colegio por haber jugado con el ordenador hasta muy tarde y sin traer el material indispensable. Ante cualquier observación por parte de la escuela contestan que la crítica es injusta, que están siendo discriminados y que no es su culpa. No respetan a las personas mayores ni a las personas cultas y no aceptan exigencias en cuanto al horario o la presentación personal. Típicamente dividen el mundo en buenos y malos, incluyéndose a sí mismos entre los buenos. No respetan ni la moral ni la ley; solo la fuerza física. Insultan a los demás y, si éstos protestan, responden que es sólo para divertirse. La integración en el mundo social adulto se basa en el trabajo del alumno, pero hoy no es infrecuente que algunos alumnos salgan de la escuela con un vocabulario activo de unas 500 palabras y la costumbre de vivir en lo inmediato, siendo el único espacio y tiempo que manejan el presente. El profesor constata que muchos alumnos viven en un mundo de fantasías que tiene su origen en los videojuegos o la televisión. Tienen una experiencia masiva de mundos irreales pero saben menos del mundo real. El vivir en el aquí y ahora resulta una infantilización basada en lo emocional. Los alumnos, sin embargo, necesitan aprender lo objetivo para establecer una relación objetiva con la sociedad.

Otro tipo de infantilismo es la moda de enorgullecerse de ser víctima en vez de intentar convertirse en un adulto responsable, un retroceso civilizatorio. Proclamándose víctimas, los alumnos se creen astutos y piensan poder recoger alguna ventaja. Permitir que los que no quieren estudiar impidan estudiar a los demás es humillar a los alumnos que trabajan y a los docentes.

El profesor ha tenido tiempo para reflexionar sobre lo que ve y constata que si la sociedad acepta eso, se destruye a sí misma. Estudiar requiere tiempo y esfuerzo, y se produce un caos si la escuela tolera actitudes que expresen valores contrarios a los de la educación. Se puede hablar entonces de una abdicación de la sociedad. Los adultos deben ponerse de

acuerdo para hacer respetar las reglas de conducta y la evaluación por parte de los profesores. Cuando la pedagogía actual recomienda basar la enseñanza en lo que opinan los estudiantes, ve la educación como algo de poca trascendencia, como algo conectado con la consumición y la comodidad.

¿Por qué los docentes no se han rebelado?

Una razón es las ideas radicales de los años 60 que decían que la escuela con su enseñanza ejercía una violencia estructural o simbólica sobre los alumnos. El nuevo centro de interés llegó a ser las diferencias sociales entre los alumnos más que el contenido de los estudios. Los años 60 señalan la introducción de la sociología en el campo de la educación, desplazando en parte el interés por convertir en más eficaz el aprendizaje.

La escuela solía caracterizarse por su continuidad y su dificultad progresivamente creciente y se pensaba que la meta era saber lo más posible. Ahora tenemos una escuela *light* en la que, en vez de aprender, los alumnos comunican. Los alumnos hablan y discuten sin que la meta sea resolver nada. Los alumnos aprenden relativamente poco, y el resultado se puede resumir como la confusión y la incapacidad de pensar, algo que daña en particular a los alumnos de hogares de bajo nivel cultural. Utilizando términos gramaticales, se podría hablar de una tendencia a la yuxtaposición en vez de la coordinación o la subordinación.

Otro profesor francés, destinado a un barrio periférico de París, Serge Boimare (2008), trabaja precisamente con alumnos como los que se acaban de describir. Boimare nos explica cómo organiza su clase, por qué lo hace así y cuál es el aprendizaje que espera conseguir. Tiene alumnos de unos quince años y trabaja con ellos en grupos pequeños una hora cada día. Sus alumnos apenas tienen los conocimientos que corresponden a los primeros grados de la primaria. No sólo tienen pocos conocimientos, sino que su actitud frente al trabajo escolar se caracteriza por la frustración y la negación. No aceptan la responsabilidad por sus actos y sus palabras, siempre echan la culpa a otros, y su estrategia es intentar seguir siendo niños, reclamando la satisfacción inmediata y sin esfuerzo de cualquier capricho suyo.

El programa de Boimare se basa en desarrollar la capacidad de escuchar, conversar y escribir, es decir, en una combinación de la atención al lenguaje y a la interacción social. El profesor empieza leyendo un texto en voz alta durante diez o quince minutos. Muchas veces elige textos de la Antigüedad griega para que los alumnos no se distraigan pensando en su propia situación. Mientras escuchan, los alumnos empiezan a crear imágenes mentales con las que van a trabajar después. En el paso siguiente, los alumnos deben recrear el texto oralmente, colaborando los unos con los otros. En ese proceso, los alumnos tienen que preguntarse si han entendido bien lo que han oído, aceptando que otros alumnos quizá hayan entendido mejor. Para contar la historia, necesitan usar el vocabulario del texto leído por el profesor. Finalmente el profesor les pide que elijan un pasaje o una observación en conexión con el texto y que redacten un párrafo sobre su observación. Los alumnos son adolescentes, pero para algunos es la primera vez que realmente trabajan intelectualmente, intentando entender un mensaje verbal y expresar su comprensión.

Cuando el profesor propone un ejercicio, la típica reacción de los alumnos es que eso ya lo saben; sin embargo, pueden retractarse casi

inmediatamente para decir que el ejercicio es demasiado difícil. La explicación de esta respuesta contradictoria podría ser que intentan evitar el trabajo intelectual porque supone un esfuerzo, sobre todo porque no han aprendido a realizar un trabajo intelectual. Quieren que el profesor les dé la respuesta para no tener ellos que reflexionar o buscar en su memoria. Repiten clichés y opiniones proferidas por otros en vez de reflexionar y argumentar.

El profesor considera que su método constituye una “alimentación cultural” intensa para estos alumnos que casi no han aprendido nada antes de venir a su aula. En la discusión, quizá por la primera vez, tienen que examinar sus propias ideas, contrastándolas con las ideas de los demás, algo que el profesor considera ser una parte integral de la sociedad civilizada. El método de Boimare significa usar las palabras de manera reflexiva y “almacenar” experiencias interiores. Paso a paso, los alumnos empiezan a desarrollar su capacidad de pensar y de usar las palabras de manera consciente. Necesitan este refuerzo cultural y verbal antes de empezar a estudiar de manera individual.

El profesor ha notado entre los alumnos la presencia de ciertas ideas mágicas junto con la costumbre de dejarse llevar por lo emocional. Cree que es importante que se saquen a la luz esas ideas confusas para que puedan progresar los alumnos. Deben dejar un pensamiento basado en las emociones y entrar el mundo adulto del saber, adoptando un pensamiento basado en causas y en relaciones. También tienen que aprender a relacionar lo nuevo con su conocimiento anterior, practicando la capacidad de ver relaciones entre diferentes hechos, saliendo de su egocentrismo.

Boimare critica la pedagogía que ha llevado a la situación actual. Sus alumnos han estado matriculados y han asistido a muchas clases, pero se sienten inseguros porque no han aprendido nada de manera definitiva. El método de que el profesor no enseñe sino que solo “facilite” el trabajo no da ninguna garantía al alumno. Ha sido negativo para los alumnos poder seguir matriculados año tras año sin aprender porque así los jóvenes pierden su tiempo a la vez que aumenta su angustia por sentirse apartados del mundo social más amplio.

Boimare critica a la nueva pedagogía por no dar suficiente énfasis a las Humanidades. En su propia enseñanza, el profesor utiliza textos literarios e históricos como base de su trabajo y señala que antes las Humanidades daban a los alumnos una base escolar común. Se leían ciertos textos y se aprendían ciertos datos históricos. Ahora hay menos clases de Humanidades y, además, el tiempo se dedica a las estructuras y a la terminología más o menos como en las Ciencias Naturales. La escuela no crea un entusiasmo por el trabajo intelectual, lo cual a su vez crea un desinterés general por las carreras teóricas.

Boimare cree que los alumnos necesitan a un profesor con autoridad. Ya que hasta vacilan ante la idea misma de aprender, necesitan a alguien que encarne la idea del aprendizaje y les convenza de la importancia de lo que están haciendo. Hace falta autoridad porque no es posible instruir sin poder exigir la colaboración del alumno. Los alumnos que no cumplen su papel de alumnos y, por ejemplo, hablan sin parar o se niegan a trabajar, no se educan e impiden que se eduquen otros.

Los alumnos como los de Roder y Boimare no tienen otros recursos mentales que las experiencias personales, las emociones y las opiniones

formadas quizá al azar. Suelen negarse a salir del presente, de su propia situación y de sus propias opiniones porque es lo que conocen, el campo en el que son expertos. Es probable que no entiendan que están encerrados en un egocentrismo, víctimas de sus emociones cambiantes. Se podría hablar de su “*presentismo*” y su “*yo-ismo*”. Para salir de esa situación, los alumnos necesitan memorizar historias, imágenes, comparaciones y recuerdos de conversaciones, insiste Boimare. Necesitan aprender cómo se elabora un argumento y se defiende una posición. Deben descubrir los conectores lógicos para que su mundo intelectual no consista solo en una yuxtaposición de asociaciones fortuitas. Al mismo tiempo, al salir de su “cárcel” mental, aumenta su “empatía cognitiva”, porque empiezan a entender que otros pueden pensar de manera diferente.

3. Ejemplos de la educación estadounidense

Los ejemplos estadounidenses elegidos aquí, como los de Francia, tratan sobre la situación de alumnos con problemas. Primero se hablará de la importancia de la familia y después de la de la escuela.

En un barrio pobre en Milwaukee, de población mayoritariamente afroamericana, se hizo un estudio de observación (William Sampson 2002). Todos los alumnos eran pobres, vivían en el mismo barrio degradado y estudiaban en las mismas escuelas, es decir, las circunstancias de sus vidas eran las mismas, pero aun así algunos eran alumnos con un rendimiento escolar normal y otros fracasaban en la escuela. ¿A qué se debía la diferencia de resultados entre alumnos de condiciones socioeconómicas similares?

Se eligió a doce alumnos de entre diez y catorce años que fueron observados en sus casas durante tres horas por semana durante un periodo de diez semanas. Los observadores eligieron diferentes momentos del día y de la semana para analizar diversos comportamientos. El resultado fue que los alumnos que participaban con normalidad en la escuela tenían en común que su vida familiar estaba centrada en la educación de los hijos. Las horas entre la vuelta del alumno de la escuela y la hora en la que se iba a la cama estaban estructuradas por las necesidades de los hijos y en particular los deberes escolares. Los padres ofrecían su ayuda con las tareas, se interesaban por las notas, imponían ciertos límites, y daban tareas a los hijos como la de cuidar de un hermano. Los apartamentos eran pequeños, en general de dos habitaciones, poco amueblados pero ordenados y limpios. Los padres insistían en que no hubiera ruido.

En las familias de los alumnos con fracaso escolar, la situación era diferente. Algunos alumnos estaban ya a la deriva porque nadie se ocupaba de ellos. No se les ponían límites ni se les animaba a estudiar. Nadie preguntaba al alumno por lo que había pasado en la escuela ni se preocupaban por sus tareas. Algunos alumnos vivían con la abuela y otros volvían a una casa vacía. Una de las madres tenía por costumbre comunicarse con su hijo a gritos.

La conclusión de la investigación fue que lo esencial para el alumno no era la situación económica, la etnia, el barrio o la escuela, sino una familia enfocada en la educación de sus hijos.

Lorraine Monroe (1999) fue nombrada directora de un colegio de Harlem en Nueva York en el que casi todos los alumnos eran afroamericanos o hispanos. Reinaba el caos y los resultados eran bajos. Ella logró “dar vuelta” a su escuela mediante un proceso de cambio que luego se ha implementado también en otras escuelas y ciudades, y que se ha convertido en una corriente de reformas llamada *turn around*.

Entre las reformas, algunas son exteriores y visibles. Se pintan las paredes para señalar que ha empezado una “nueva era”. Se cambia el nombre de la escuela. Se imponen uniformes para que todos vean que ha cambiado la organización, para reforzar la idea de una escuela ambiciosa y ordenada, y para que los alumnos muestren a las claras que aceptan su papel de alumnos.

El director debe poder elegir a su equipo directivo, y reúne a ese equipo antes del nuevo año lectivo para preparar la reforma. Cuando vuelven los profesores después de las vacaciones, se organizan varios días consecutivos para explicar la reforma a los profesores e intentar entusiasmarlos por el proyecto. Los profesores son la clave y, si no quieren colaborar, es imposible “dar vuelta” al colegio. También se realizan pruebas de diagnóstico con los alumnos porque si no se sabe cuánto saben los alumnos al empezar el curso, no se puede evaluar cuánto han mejorado. Es frecuente contratar a instructores, *coaches*, para ayudar a los profesores a ser más eficaces.

Para los alumnos, el primer cambio notable son los uniformes y las reglas de comportamiento. Estas reglas se leen y explican cuatro veces el primer día del semestre, una vez al día durante la primera semana, y después una vez por semana, para que ningún alumno pueda decir que las desconoce. Si alguien infringe las reglas, el primer paso es pedirle que repita la regla.

También se explica a los alumnos qué es estudiar. Para realizar sus estudios de manera correcta, deben organizar su vida personal: pensar en cómo utilizar su tiempo, cómo planificar el trabajo, cómo elegir a sus amigos, cómo comer de manera saludable y cómo conseguir suficientes horas de sueño. En una palabra, deben tomarse en serio a sí mismos. En vez de vivir en la calle “a lo que salga”, necesitan llevar una vida ordenada y previsible.

La influencia positiva de los padres se ejerce en primer lugar en la casa, cuando ayudan a sus hijos controlando que hagan los deberes, que no pasen demasiado tiempo ante el televisor y que elijan a amigos buenos para ellos. Pueden apoyar que los hijos busquen actividades de ocio en conexión con el deporte o la música. El que los padres acudan a la escuela para los contactos con el profesor es importante, pero secundario.

Una manera de resumir la reforma es decir que está enfocada en el estudio y que minimiza las distracciones. Se intenta crear un ambiente con profesores y estudiantes serios en un ambiente que reúne igual condición. Además de todo esto, Monroe pidió que vinieran profesores jubilados a trabajar con algunos alumnos de manera individual por la tarde. Organizó visitas de empresarios y de personas famosas que animaron a los alumnos. Todos los invitados insistieron en la importancia de la perseverancia, la puntualidad y la pulcritud, diciendo que si los alumnos querían un buen futuro tenían que asumir la responsabilidad de sus propias vidas. Por todos los medios se intentó cambiar la actitud fatalista de que no sirve para nada esforzarse.

En el libro de Monroe y otros similares, se insiste en que los alumnos deben aceptar su papel de alumnos y que esto sea visible. Los alumnos deben actuar de manera disciplinada y respetuosa y llevar su ropa de manera

correcta. Saludar, acudir con los libros y lápices necesarios y respetar el silencio cuando hace falta, es mostrar una conformidad visible. Para reforzar la idea entre los profesores de compartir una misión, se puede organizar cada mañana un desayuno caliente antes de que empiece la jornada escolar. Además, claro, el director puede aprovechar el momento para algún mensaje breve.

En los ejemplos de *turn around*, apenas se habla de teorías pedagógicas sino que todo el interés está centrado en los conocimientos básicos de los alumnos. Se enseña cómo estudiar y se miden los resultados para que los alumnos no pierdan tiempo inventando excusas. El enfoque está en el *time on task*, es decir, en enseñar a los alumnos a concentrarse y a trabajar para obtener resultados. No se estudia apenas la situación familiar o la historia escolar previa del alumno, sino que se trabaja.

Los móviles de última generación resultan una distracción fatal para algunos alumnos, que pueden llegar a mandar cincuenta o hasta cien textos diarios a los compañeros, lo cual quiere decir que aunque sus cuerpos estén en el aula, su mente no. En otras palabras, haber estado matriculado cierto número de años dice poco a propósito del nivel de conocimientos. Además, si los alumnos no están presentes mentalmente en el aula, no importa el nivel de los docentes o cómo son los manuales.

Finalmente, es clave recordar de vez en cuando el ideal educativo: un ambiente hermoso, tranquilo, acogedor donde trabajar; profesores bien formados y alumnos que realmente estudien. Un ambiente ideal se caracteriza por la ausencia de elementos distractores, como es el caso de los móviles. Es esencial que no se acepte que los alumnos no trabajen. Se ayuda al joven a madurar a través del esfuerzo y el contacto con los conocimientos, pero si un alumno no acepta someterse a las exigencias para aprender, la escuela no puede hacer nada por él. El alumno tampoco tiene derecho a impedir que los demás alumnos aprovechen la oportunidad de aprender.

4. Pedagogía postmoderna

Aquí se insertará una reflexión sobre los cambios introducidos en el trabajo escolar y que afectan de manera particular a los alumnos con problemas.

En casi todos los países, la modernización y la democratización han significado sacar contenido, reduciendo las expectativas de lo que van a aprender los alumnos. Los pedagogos y los políticos que han decidido esto no aman el conocimiento y el estudio y no consideran que sea una felicidad saber más. La escuela de hoy enseña bastante menos que antes y se ha hablado de “la destrucción de la cultura en tiempo de paz”. Por eso, suena hueco cuando los pedagogos enfatizan la capacidad de criticar que supuestamente va a dar la escuela moderna porque los alumnos difícilmente pueden criticar lo que no entienden. A veces parece que la palabra criticar se emplea con el significado de poder negarse a trabajar.

Esta pedagogía enfatiza la autonomía del alumno e insiste en que el profesor no sea instructor sino facilitador. Una profesora británica, Daisy Christodoulou (2014), ha escrito una crítica severa de los resultados prácticos de esta pedagogía. La autora cuenta que estudió la docencia con toda la buena voluntad del mundo, porque quería convertirse en una buena profesora y realmente ayudar a progresar a sus alumnos. Sin embargo,

utilizando los métodos que había aprendido en la formación docente, comprobó que no dieron el resultado que le habían prometido y ahora denuncia estas teorías como meros mitos. A propósito del nombre que reciben los métodos que le habían enseñado, la autora sugiere que se hable de pedagogía postmoderna y no progresista ni constructivista. No se construye mucho, y por eso no le conviene el término de constructivista. La pedagogía en cuestión tampoco lleva al progreso, y por eso descarta el término de progresista. Piensa que el término postmoderno es el más adecuado, porque es una pedagogía que no se interesa por transmitir datos. Un mito “fundacional” es que habría una diferencia entre aprender y comprender. Basado en este mito, la pedagogía postmoderna insiste en que el alumno descubra el mundo por sí mismo. Ya que esto requiere mucho tiempo, se reduce considerablemente el contenido. Debido a la influencia de la pedagogía postmoderna, casi han desaparecido de los planes de estudio conceptos como datos y aprendizaje.

La falta de interés por el contenido da como resultado una creciente dificultad para pensar, y la autora subraya que esto es así porque el cerebro necesita datos para trabajar bien. La autora se apoya en el psicólogo Kirschner, que destaca que la memoria de largo plazo es fundamental para poder pensar ya que la memoria a corto plazo solo puede manejar unos cuantos datos a la vez. Cuando entendemos algo nuevo, es por tener conocimientos previos y poder insertar los nuevos datos dentro del marco de nuestros conocimientos generales. Es una equivocación contraponer la memoria a la comprensión y a la creatividad, porque forman una totalidad. Alguien ha comparado estas funciones mentales a los huevos revueltos: no se pueden separar conocimiento y comprensión.

Otro mito es decir que la creatividad estaría en peligro si se insiste en aprender mucho. La autora aporta una lista de personas excepcionalmente creativas que antes habían realizado unos buenos estudios. Lo que distingue a las personas creativas de otras es cómo aprovechan lo que han aprendido.

Daisy Christodoulou denuncia también como un mito el que la enseñanza dirigida por el profesor sera aburrida y pasiva. La autora ha estudiado las descripciones de 228 clases, publicadas por la inspección escolar británica entre 2010 y 2012. Los inspectores elogian que los alumnos trabajen de manera individual pero, contradictoriamente, también elogian que usen un lenguaje correcto y que tengan conocimientos, es decir, conocimientos y destrezas adquiridos por la instrucción anterior del profesor. La autora cree que los inspectores escolares cometen dos errores lógicos. Han visto ejemplos de una enseñanza aburrida dirigida por el profesor y sacan la conclusión de que la enseñanza dirigida por el profesor es ineficaz. Han visto a alumnos trabajando con proyectos que tienen un buen nivel, y sacan la conclusión de que se llega a tener un buen nivel trabajando en proyectos. Pero la realidad es que no existe una relación tan directa entre método y aprendizaje.

Tampoco sería cierto, según la autora, que sea posible ahorrarse tiempo y esfuerzo, trasladando conocimientos y métodos de un área a otra, es decir, aprender a aprender en vez de aprender. Es falso, nos dice, y para ejemplificar su tesis compara la comprensión de las reglas de baseball y de cricket: si alguien entiende las reglas de uno de los deportes, esto no significa que entienda las reglas del otro, porque son completamente diferentes.

Asimismo desmitifica la afirmación de que tendríamos que cambiar la educación porque estamos en el siglo XXI. Esto es un error, afirma la autora. Lo que cambia rápidamente es la tecnología, mientras que los fundamentos científicos cambian muy lentamente.

También niega la idea, tan aceptada hoy en día, de que sería aceptable y hasta recomendable estudiar menos que antes, puesto que ahora se puede consultar en Internet para obtener los datos que uno necesita. Eso es un error, dice la autora, porque para entender la información que se encuentra en la Red, el alumno necesita conocimientos previos y un buen vocabulario. Alguien ha comparado los conocimientos previos con el oxígeno: sólo pensamos en el oxígeno cuando falta, y lo mismo es cierto a propósito de los conocimientos previos en relación con la comprensión lectora.

Daisy también analiza las causas por las que se promueve con tanto tesón el trabajo en proyectos. Ella cree que podría ser por una confusión entre cómo trabajan los expertos y cómo trabajan los alumnos. Se ha visto que los expertos trabajan por proyectos y de ahí se ha sacado la conclusión de que el trabajar en proyectos convierte en un experto. Sin embargo, la calidad de los expertos no depende del modo de organizar el trabajo tanto como de los conocimientos amplios y profundos de los participantes, es decir, precisamente de lo que no tienen los alumnos y que por eso son alumnos. Proponer el trabajo por proyectos podría ser un ejemplo de un pensamiento mágico: sería suficiente que los alumnos organizaran su trabajo del mismo modo que los expertos para que el resultado alcanzara la misma calidad. Pero el resultado no es ese, dice la autora, sino que el alumno pierde un tiempo valioso sin avanzar.

Pone varios ejemplos de cómo los alumnos jóvenes pierden tiempo con proyectos de historia. Si los alumnos producen muñecas que representan a personajes de otras épocas o se visten ellos mismos de reyes, recordarán haber hecho precisamente eso, pero no recordarán los datos históricos, porque recordarán las actividades a las que han dedicado cierto tiempo. ¿Por qué comprenderían mejor la historia dedicándose a otra cosa que la comprensión de los hechos históricos? En deporte y música, el profesor propone un programa de pequeños pasos que lleva al alumno a aprender una destreza compleja, y ¿por qué no sería igual en el aprendizaje intelectual?

Otro mito que la autora desmonta en su obra es el de que el contenido escolar estaría impuesto por las clases altas; las clases medias y bajas no tendrían por qué aprender precisamente el contenido que suele encontrarse en los currículos. Sería mejor estudiar su ambiente local. Pero, según ella, permitir que los alumnos dediquen su tiempo en gran medida a lo local significa cerrarles la entrada al mundo intelectual y al debate público.

Las observaciones de Christodoulou atraen la atención sobre la formación docente, y los profesores de muchos países reconocen en su descripción la pedagogía que ha dominado durante las últimas décadas. Un problema que la autora no discute es cómo ha descendido el nivel de los futuros profesores y el *anti-intelectualismo* que caracteriza a los ambientes de formación docente. Los responsables de la formación docente suelen preferir hablar de democratización. En algún caso, el nivel es tan bajo que un observador se puede preguntar si hay una confusión entre enseñar a alumnos muy jóvenes y vivir en un mundo intelectual caracterizado por lo infantil. Hace falta reformar la carrera docente, enfocándola al desarrollo intelectual de los futuros profesores.

Un observador externo podría suponer que la formación docente de hoy da mucho énfasis a cómo enseñar en las aulas difíciles pero no suele ser así y, al revés, se nota una falta de conexión entre lo que interesa a los pedagogos universitarios y las necesidades de los profesores. La influencia ideológica es tan fuerte en la pedagogía que las malas lenguas califican a la pedagogía de *pseudodisciplina* porque no se basa en la evidencia.

Hay dos temas centrales cuando el profesor elige cómo presentar un tema en la escuela de hoy: el convencer a los alumnos de prestar atención y decidir si usar ilustraciones visuales. Los no profesores no suelen entender que los profesores pueden encontrarse con una total indiferencia por parte de los alumnos. Al mismo tiempo, la tarea del profesor es estimular el aprendizaje, es decir, ayudar al alumno a cambiar su cerebro de manera duradera por medio de un trabajo sistemático de aprendizaje. Para que haya aprendizaje, hace falta que la enseñanza en cuestión dure cierto tiempo, porque lo que se hace de manera breve no deja huellas. El profesor no puede realizar su trabajo si la escuela no toma medidas contra los alumnos que no acepten trabajar, desplegando una conducta *antiescolar*. No se puede aceptar que un alumno no trabaje o que moleste a otro. Tampoco es aceptable el ataque físico o verbal contra el profesor o contra otro alumno. El no estudiar, el hacer trampas y el comportarse de manera rebelde son conductas que deben tener consecuencias para el alumno. Para describir a los no profesores cómo es el ambiente en ciertas escuelas, se puede mencionar que es frecuente dar a los nuevos profesores el consejo de nunca dar la espalda al grupo.

No puede funcionar la escuela en un ambiente caracterizado por la mentira, el insulto y la violencia. Pero la sociedad entera debería darse cuenta de que el problema no es solo escolar sino que un alumno al que se permite molestar a los demás alumnos tampoco respetará el trabajo de otros cuando sea adulto. Si se acepta que no se respete a los docentes, esto tendrá como consecuencia que tampoco se respetará a los demás representantes del Estado, como pueden ser los policías y los jueces. Si en la escuela no se ve al alumno como responsable de sus actos, este tampoco asumirá la responsabilidad de sus actos como adulto.

Las y los jóvenes de los que estamos hablando no parecen agradecer la posibilidad de estudiar, sino que ven los estudios como una obligación pesada y aburrida. El mundo de la televisión Internet es un mundo inmediato y anclado en el presente. Los estudios, en cambio, se basan en el pasado, en la historia en sus diferentes dimensiones y en los conocimientos ya descubiertos y organizados. Es como si los jóvenes pensaran que por vivir en sociedades de bienestar y de alto nivel tecnológico tienen automáticamente el derecho de disfrutar de esto para siempre. El filósofo Ortega y Gasset decía que se comportan como alguien que proviene de un país no desarrollado y ve los objetos tecnológicos como objetos que simplemente están allí, como piedras, sin entender que hay que tener un nivel sofisticado de conocimientos para producirlos, usarlos y renovarlos.

La cultura es una herencia de un tipo muy especial porque hay que estudiarla para tener acceso a ella. El que no estudie la historia de la arquitectura, el arte, la música y la literatura no entiende estos campos. Para entenderlos y disfrutarlos, primero hay que estudiarlos. Aunque es más fácil que nunca conseguir libros y aprender, bastantes jóvenes dejan de hacerlo con la idea de estudiar más tarde los temas en cuestión en el caso de despertárseles el interés por hacerlo. La facilidad de acceso y la

abundancia de materiales producen entonces una indiferencia ante un aprendizaje que en otras épocas era visto como privilegio.

Vivimos en una era audiovisual y hay un debate sobre si hay una diferencia entre aprender de un libro y aprender de un material audiovisual. ¿Cuál es la relación entre ver y entender? Se dice, un poco a la ligera, que una imagen dice más que mil palabras. ¿Es cierto? Los políticos parecen creer que los ordenadores van a modernizar y mejorar la enseñanza, confiando bastante más en lo audiovisual que los profesores.

Existen algunas investigaciones clave sobre el funcionamiento de la memoria que son importantes para entender cómo funciona la educación. Una tiene que ver con el ajedrez y estudia la capacidad de diferentes informantes de recordar cómo están colocadas las piezas de ajedrez en un tablero. Se pide a personas que no son jugadores de ajedrez y a maestros jugadores que echen un vistazo a cierto tablero y que, un poco más tarde, indiquen cómo estaban posicionadas las piezas, a veces colocadas al azar y a veces en posiciones que corresponden a una situación en un juego de verdad. Los informantes no jugadores aciertan más o menos de manera igual en los dos casos. Los maestros tienen un resultado casi perfecto cuando se trata de un verdadero juego, pero cuando las piezas están colocadas al azar, los maestros son apenas mejores que los no jugadores. Los maestros recuerdan las “verdaderas” posiciones porque se basan en la comprensión y no solo en un recuerdo visual. Además, para convertirse en maestros, han memorizado un número enorme de partidas. Los informantes no jugadores no entienden las posiciones sino que solo se acuerdan visualmente de dónde estaban las piezas. Para la escuela, el mensaje es que no es lo mismo ver que saber, y si queremos que los alumnos aprendan lo enseñado tienen que entenderlo y no solo verlo.

Se hizo una prueba con un actor muy famoso para ver si recordaba el texto de un papel que había tenido varios años antes. Se le dijo quiénes estaban en el escenario y alguien leyó los parlamentos de los demás papeles. El actor se acordó perfectamente de todo menos los nombres propios que, decía, no tienen contenido. Se acordaba de los parlamentos porque “tenían que ser así”, es decir, la obra estaba tan bien construida y lógica que acordándose de la situación “tenía que ser así”. Se acordaba de la lógica de la situación. Para la escuela, el mensaje es que las explicaciones deben ser tan precisas y coherentes que, una vez aprendidas, los alumnos puedan reconstruir el camino mental recorrido para llegar al conocimiento.

Como los jugadores de ajedrez y los actores, los alumnos necesitan practicar y hacer suyo el nuevo conocimiento. La comprensión se basa en una combinación de explicaciones, reflexión y prácticas. Una parte importante del trabajo del profesor consiste en diseñar ejercicios que permitan fijar lo nuevo en la memoria en el menor tiempo posible. En ese trabajo, la ilustración puede ser una ayuda pero no hace las veces del trabajo de comprensión expresada de manera verbal.

Por supuesto, también influye en el buen resultado de los estudios el ambiente de la escuela y de la casa. En una escuela tranquila y bien organizada el alumno aprende mejor y, si después en su casa descansa y duerme bien, el sueño refuerza lo aprendido y lo integra entre los otros conocimientos. Además, el alumno debe tener claro qué es lo que quiere conseguir; cómo va a llegar a la meta y estar dispuesto a hacer lo que haga falta para lograr su propósito.

5. La corrupción en la educación

Una periodista francesa de investigación, Sophie Coignard (2011), ha denunciado el escándalo de que las escuelas francesas cada año “produzcan” a unos 200.000 alumnos semianalfabetos. Además, se constatan por lo menos 60.000 “incidentes serios” cada año, en general, concentrados en ciertas escuelas. ¿Por qué no se toman medidas eficaces para resolver el problema?

La respuesta que propone Coignard apunta a la falta de responsabilidad de algunos grupos de adultos que protegen sus propios intereses más que el derecho de los jóvenes a la educación. Empieza por señalar que el Ministerio de Educación es un organismo poderoso y prácticamente ingobernable. Después de Mayo del 68, los responsables políticos tienen miedo a los conflictos con los estudiantes y no se atreven a realizar ni siquiera las reformas más urgentes. Los ministros son débiles, los funcionarios gozan de muchos privilegios y los sindicatos disponen de un poder desproporcionado en relación con el número de sus miembros, y juntos controlan la actuación del Estado. La autora destaca también la responsabilidad de los pedagogos como grupo, ya que casi siempre defienden una pedagogía utopista y no se interesan por el derecho de los alumnos a una verdadera educación. Constituyen un grupo de “sacerdotes” que predicán la pedagogía libre, se oponen a la instrucción y consideran inaceptable que haya reglas de comportamiento. Entre ellos, se encuentran muchos inspectores escolares y directores de escuelas estatales. Como contraste, hay cada vez más profesores desanimados y a disgusto en el mundo de la educación que quisieran cambiar de profesión.

La autora sostiene que la situación actual es la consecuencia de la cobardía y la frivolidad ética. El título de su informe es “El pacto inmoral” y con eso quiere decir que los políticos, los sindicalistas y los pedagogos en cuestión aceptan que continúe una situación escandalosa porque no se atreven a romper con unos tabúes creados por ellos mismos. Para Coignard, se trata de corrupción porque los contribuyentes pagan unos 10.000 euros al año por la educación de cada alumno y el sistema escolar acepta el dinero de los contribuyentes pero no lleva a cabo la educación prometida. Otra manera de decir lo mismo es hablar de un doble discurso que permea el debate educativo. Los políticos dedican suficiente dinero a la educación pero no dictan leyes que permitan llevar a cabo la educación que supuestamente quieren conseguir. Cuando alguien de fuera del mundo de la educación se sorprende de lo que sucede, la reacción suele ser decir que esta persona es un ingenuo.

La pedagogía postmoderna no es la mejor para los alumnos más débiles, como señala también un periodista estadounidense de investigación, Paul Tough (2012), quien se ha interesado por cómo ayudar a los jóvenes de los barrios difíciles. Sus observaciones son de gran interés para el mundo escolar. El autor ha visitado ambientes preescolares y constata que también los niños muy pequeños pueden aprender a controlar su conducta y su aprendizaje y, como otros, el autor constata que hay una clara relación entre conducta y aprendizaje. Recuerda que se sabe desde hace años que las notas de la escuela dicen algo más que las notas de una prueba aislada, porque reflejan un trabajo de muchos años, incluyendo así características como la perseverancia, el orden y la ambición.

El autor ha visitado escuelas en Chicago y concluye que es mucho más

difícil “dar la vuelta” a una escuela de lo que se podría pensar. De ninguna manera es solo cuestión de dinero y de buena voluntad. En primer lugar, los alumnos deben aprender a perseverar y a saber sobreponerse a las decepciones. Para entender mejor la situación de los jóvenes en los barrios difíciles, Tough ha consultado con varios psiquiatras que le han hablado del concepto de “episodios traumáticos durante la niñez y la juventud”. Haber sido maltratado o abandonado o haber visto cómo maltrataban a su madre deja cicatrices en el alma y contribuye a conductas autodestructivas en la vida adulta tales como el alcoholismo. Se podría hablar de un estrés sobre el cuerpo que afecta negativamente tanto el aprendizaje como la capacidad de regular su propia conducta.

El autor cree que se evita hablar de la responsabilidad de los padres que no cuidan a sus hijos, a pesar de que el cuidado de los padres predice mejor que el coeficiente intelectual si le irá bien al niño. Lo políticamente correcto es hablar del nivel socioeconómico de la familia, lo que resulta un eufemismo. Los investigadores no mencionan la responsabilidad de los padres aunque ven que algunos padres apenas ayudan a sus hijos y hasta dificultan la vida de éstos. Los investigadores no suelen mencionar que les va muy bien a ciertos alumnos de bajos ingresos familiares y que, en los Estados Unidos, suelen pertenecer a familias de inmigración reciente o ser alumnos que optan por una escuela con un examen de ingreso. Este último dato es interesante, ya que los pedagogos que dicen querer amparar a los alumnos con problemas suelen ser enemigos declarados de las pruebas de ingreso. Tough sostiene que se deberían enfatizar el esfuerzo y la perseverancia que es lo que hace avanzar a los alumnos de los barrios difíciles.

El autor hace una contribución importante a nuestra comprensión de la situación de crisis en la educación por recordar cómo ha llegado la escuela norteamericana a encontrarse presa entre una sólida cultura de lectura y la nueva teoría pedagógico-política que se lanzó en los años '60 en conexión con el movimiento de los derechos civiles y la guerra contra la pobreza. La nueva idea fue combinar la lucha contra la pobreza con la educación para conseguir más igualdad social. Según un informe muy citado de aquellos años, los compañeros de clase serían cruciales para el resultado de un alumno.

La argumentación de algunos activistas puede describirse más o menos de la manera siguiente: los alumnos que terminan la escuela con un certificado escolar también logran obtener un empleo, ganar un sueldo y tener una vida normal; por eso, se va a colocar a los alumnos de familias pobres en las aulas en las que estudian alumnos provenientes de familias sin problemas. Así los alumnos de familias pobres saldrán con certificados escolares y les irá bien. En otras palabras, el “método” para arreglar el problema de la pobreza consistiría en mezclar a alumnos de diferentes niveles tanto sociales como de aprendizaje. En esta teoría es importante que no se permita organizar grupos por nivel de conocimiento porque se parte de la idea de que es la mezcla la que va a ayudar a los menos avanzados; en esto se ve claramente que el origen de la idea es sociológico y no pedagógico.

La argumentación no incluye ninguna referencia al hecho de que un país necesite tener ciudadanos de un alto nivel de conocimientos. Tampoco se habla de mantener y desarrollar el nivel de conocimientos alcanzado. Ni se menciona el nivel de conocimientos que hubieran podido alcanzar los alumnos sin problemas si se les hubiera permitido avanzar tanto como les fuera posible. Dicho en dos palabras: la argumentación no muestra respeto

o interés alguno por el país, por el conocimiento o por los alumnos sin problemas. Como acabamos de ver en las investigaciones citadas, tampoco resuelve el problema de los alumnos provenientes de los barrios difíciles. Lo que buscan los activistas a quienes hacemos referencia en este apartado parece ser la igualdad social, pero en realidad es su utopía personal por encima de otras consideraciones. Se debe notar que el programa de esos activistas se basa en utilizar a algunos alumnos para el posible bien de otros, una conducta que no es éticamente correcta.

Es probable que el resultado del experimento hubiera salido mejor si los alumnos con problemas se hubieran encontrado con clases bien estructuradas, con compañeros dedicados a estudiar y con profesores bien formados, pero el modelo de la mezcla se introdujo al mismo tiempo que otros activistas de la misma familia ideológica deseaban cambiar el contenido y las formas de trabajar de la escuela, introduciendo lo que aquí se ha llamado la pedagogía postmoderna. Esta pedagogía no da un buen resultado para ningún grupo, pero es fatal sobre todo para los alumnos inseguros.

Todo lo anterior está en el trasfondo de la discusión política sobre la educación estatal y la concertada o privada. Ha decaído la calidad de la educación estatal en los países que han introducido la pedagogía postmoderna y el método de la mezcla. El resultado no es el que habían esperado los promotores de ese método, pero no están dispuestos a retocar el modelo. Al contrario, culpan a los padres, que no aceptan la mala calidad de la escuela pública, de no ser solidarios. Sin embargo, se podría dar la vuelta al argumento y decir que los no solidarios son quienes han hecho bajar la calidad de la educación estatal, abusando de la buena fe de la sociedad. En la situación actual, si se quiere que todos se eduquen en la escuela pública, se debería mejorar el rendimiento de la misma, para que nadie pida otra. Insistir en que solo haya educación pública y, al mismo tiempo, negarse a reformarla, significa imponer una ideología por encima del bien común.

Como conclusión, un breve resumen de lo expuesto: ¿cómo ver la educación desde el punto de vista de los servicios sociales? Las explicaciones sobre la pedagogía postmoderna intentan orientar al lector a propósito de los cambios introducidos en los métodos y en el contenido durante las últimas décadas. Lo que se debería hacer a nivel estatal es apoyar una reforma escolar centrada en los contenidos y con unas exigencias más elevadas. Respecto a los padres, se debería enseñarles cómo ayudar a sus hijos e hijas. Y en relación con el alumnado, se debería ayudar a las y los jóvenes a aprobar los estudios, enseñándoles buenas costumbres de trabajo y predicando la perseverancia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Boimare, Serge (2008). *Ces enfants empêchés de penser*, Paris: Dunod.

Coignard, Sophie (2011). *Le pacte immoral*, Paris: Albin Michel.

Christodoulou, Daisy (2014). *Seven myths about education*, London: Routledge.

Monroe, Lorraine (1999). *Nothing is impossible: leadership lessons from inside and outside the classroom*, New York: Public Affairs.

Roder, Iannis (2008). *Tableau noir. La défaite de l'école*, Paris: Denoël.

Sampson, William (2002). *Black student achievement. How much family and school really matter*. Lanham: Scarecrow.

Tough, Paul (2012). *How children succeed. Grit, curiosity and the hidden power of character*, Boston: Mariner.